EL CAMINO

Libre adaptación de C.H. Spurgeon

EL CAMINO

Imagínate que estás de vacaciones en una región que te es completamente desconocida. Un día paseando por el bosque te despistas y, cuando quieres darte cuenta, es totalmente de noche. Entonces comienzas a inquietarte, pensando: »¿Cómo lograré salir de aquí lo más pronto posible? y ¿cómo encontraré el buen camino que me lleve a casa?«

Un sabio, dominando veinte idiomas, pero que desconoce el camino, no te sería de ninguna utilidad para ti. Tampoco aquel que podría decirte de qué elementos se compone el suelo, pero que no sabe orientarse en aquella región, te sería de interés a ti. El peculiar paisaje o el amplio panorama te dejaría frío, como también los nombres de todos los árboles y plantas de la comarca. Pues éste es un terreno peligroso, hay escarpadas pendientes, también barrancas, en los cuales uno puede precipitarse, por no decir nada de eventuales encuentros desagradables.

Un niño que puede enseñarte el camino, te vale más que un catedrático, que no sabe el camino.

Tú te has extraviado

Por supuesto no te encuentras en tal bosque, no obstante sí te has extraviado. Buscas sin parar la tranquilidad interior, la paz para con Dios, pero no conoces el camino. En tal trance, ¿a qué te sirven tanto un sermón estudiado como unas teorías hermosas? Simples conyecturas no te dan seguridad alguna.

¿De qué se trata?

Un taxis se dirige hacia Barcelona. El viajero pregunta al taxista: -¿Sabe usted quién vive en este bonito hotelito?

-No, dice el taxista.

-¿Conoce usted al alcalde de este pueblo? ¿Sabe usted quién es el párroco de esta iglesia?

-¡Tampoco! A todas estas preguntas el viajero obtiene una respuesta negativa. Algo picado, pregunta por fin: -Entonces ¿qué sabe usted? Tajante responde el taxista: -¡Yo lo que sé es cómo le debo conducir a Barcelona!

Eso era de lo que se trataba: El conocía el camino. Así es como la gente corre por doquier con toda clase de problemas: -¿Puede usted decirme, por qué Dios ha permitido que el hombre pecara? ¿Por qué no impide Dios la guerra? ¿Por qué permite que tanta gente se muera de hambre?

No es asunto mío explicar el por qué Dios ha permitido estas cosas. Pero sí puedo explicar cómo la gracia de Dios puede hacerte feliz.

Mi tarea y propósito es indicarte a ti con sencillez y claridad el camino al cielo. Con sencillez y sin equivocarme te lo puedo decir. Y cuando lo hayas oído, ya no tendrás disculpa ni escape. ¿Me permites enseñarte el camino? El Señor Jesús, verdadero hombre y al mismo tiempo el Hijo de Dios, dice a cada uno: *»Yo soy el camino«*.

EL UNICO CAMINO

El Señor Jesús es el *único camino*. Se suele decir: -Cada uno puede según su comprensión llegar a ser feliz; haz tan solo lo mejor que puedas para

vivir decentemente, con eso ya basta - ¡ya que Dios es amor! Hasta cristianos dicen: -Si tenemos buenas intenciones, al final todo tendrá que salir bien.

Pero piensa en esto, a saber, si bien todas las mentiras pueden convivir sin estorbarse las unas a las otras, por lo contrario la verdad no aguanta ni una mentira a su lado. Así como el cielo y el infierno no se pueden unir, tampoco pueden andar juntas la verdad y la mentira.

Cuán solemnes resultan estas palabras de la Biblia: *»El que en él cree* (en el Señor Jesús), *no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el unigénito Hijo de Dios«. »No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos«.*

¿Debe acallarse la verdad?

El Señor Jesús trata con amabilidad a todo aquel que quiere dejarse ayudar por él. Día y noche está dispuesto. Pero es franco; no cuenta men-

tiras, aun cuando éstas agraden más al oído que la verdad. Acallar la verdad sería una infidelidad.

Alguien viaja desde Madrid a Zaragoza con la esperanza de llegar por este camino al litoral del país. Otro viaja desde Madrid con dirección a Sevilla y espera llegar así a Francia. Los dos obran con sinceridad y piensan que están haciendo lo mejor que pueden.
Pero ¿acaso así queda bien el asunto? ¡No! ¡Más vale darles una indicación referente a la imperiosa necesidad que tienen de *dar la vuelta!* Cuanto más pronto se haga esto, tanto mejor. Porque cuanto más lejos se aparta uno del camino, tanto mayor será luego la decepción.

Un camino engañoso

Se recomienda toda clase de caminos para llegar al cielo. Uno de ellos es el camino pavimentado con las buenas obras. La doctrina de que por méritos propios uno puede liberarse tiene una multitud de seguidores, en todo el mundo.

Hace poco me encontraba en un trasbordador al lado del capitán, y en el curso de nuestra conver-

sación le pregunté si de verdad esperaba llegar al cielo.

-Pienso eso con toda seguridad, respondió.

-Y ¿tiene usted algún fundamento por su suposición?, volví a preguntar. -Ya lo creo, puesto que siempre he sido honrado y justo, tengo una familia numerosa que alimentar y no mato ni una mosca. ¡Si a mí esto no me vale, es probable que se perderá mucha gente!

-Sí, esto último lo temo yo también; pero ¿es eso todo en lo cual usted puede confiar?

-Bueno, también con bastante constancia asisto a los servicios religiosos, mis niños fielmente frecuentan la escuela dominical, y yo me levantaría en medio de la noche para ayudar a alguien. ¿Acaso todavía no basta eso?

-No señor, bien puede ser que estas cosas en sí sean muy buenas, pero respecto a su salvación, no contribuyen para nada. Para ello hace falta algo que acontezca por medio de otra persona. Para eso mismo tuvo que venir sobre la tierra el Señor Jesús.

-Oh, por cierto, en eso no he pensado.

¡Qué engaño! Y así se expresan tanto la gente sencilla como los intelectuales. Edifican sobre lo que ellos mismos han hecho. Y el caso es que el Señor Jesús ha dicho: *»Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel a quien él envió« (Mateo 6:29).*

Todas nuestras buenas obras son ante Dios como trapo de inmundicia (Isaías 64:6). El único camino es: el Señor Jesús, quien por culpa nuestra y por nuestros pecados fue crucificado, quien *cumplió* todo lo necesario, para liberarnos. Tenemos que confiar en él con fé.

Otro camino de error

Hay todavía otro camino más, de mucho tránsito, a saber: *una parte de buenas obras y otra parte de gracia.* Se dice: ¡Obedeced a Dios! Pero, por no tener esto mucho éxito, se hace precisa la obra del Redentor para completar la obra nuestra - sí, así uno lo cree.

Es ésta una teoría antigua: Uno quiere mezclar las buenas obras con la obra de Cristo. En este camino nadie se salvará.

¿Acaso tú ayudaste a Dios en la creación de mundo o de los mil millones de vías lácteas? ¿Le aportaste algo en la confección de una rosa o de un diminmuto insecto? ¿Y entonces crees que Dios te necesita para su *salvación?* Ni en la creación como en la nueva creación precisó Dios la ayuda de un hombre. Aún la oración o la lectura de la Biblia -por buenas que sean ambas cosas en sí- no son el camino de la liberación. El Señor Jesús solo pagó el precio de rescate con su sangre. El solo llevó la ira de Dios sobre el pecado. No había nadie que le hubiese podido ayudar. Todos los que desean andar en este camino de salvación, cantarán en el cielo. *»¡Nos has comprado para Dios por medio de tu sangre!«* Jamás será el contenido del nuevo cántico: »Nos redimiste, pero también nosotros hemos contribuido con nuestro óbulo«. La oración y las buenas obras se recomiendan efectivamente en la Palabra de Dios, pero no para ser salvos, sino como *fruto* de la salvación.

Una tercera decepción

El camino al cielo no consiste en toda clase de ceremonias. El Bautismo y la Cena del Señor son de gran significado para los creyentes, pero no constituyen el camino hacia Dios. Tampoco los mandamientos, por perfectos que sean. Cristo, *y Cristo solo,* es el camino. *»Yo soy el camino«,* dice. El Señor Jesús es el único Salvador para los pecadores, el único camino para la felicidad.

No te apoyes en tu *sentimiento.* »He *sentido* esto o aquello, y ahora tengo la seguridad de que todo lo mío está en regla«. ¡Cuán peligroso es esto! Y, así y todo: un incontable número de personas confían en su sentimiento. Pero el verdadero punto de descanso no está en nosotros mismos; el verdadero fundamento es: Cristo.

El uno se queja: -Durante meses tuve unas luchas en mi alma. Otro dice: -¡¡Soy tan feliz, pues he recibido un mensaje de la Biblia!! Y todavía otro: -Tuve un sueño hermoso - o ví una luz. Pero todo eso no es Cristo, y por eso no es el camino para la salvación.

La cuestión de tus pecados tiene que resolverse, pues tal como estás no puedes presentarte ante Dios. Tu culpa ha de ser quitada. Tienes que dirigirte a Dios y reconocer tu culpa. Entonces Dios perdonará tus pecados.

Si de ese modo vas a El, encontrarás plena paz por medio de la obra de Jesucristo. Entonces puedes descansar plenamente en El que sufrió y murió, en la cruz, por los pecadores.

Demasiado malo

Un hombre se detiene delante de una casa de baños, pero no se atreve a entrar. -¡No soy digno para un baño! Está tan sucio como un carbonero. ¿Por qué no se encuentra digno? Porque se encuentra demasiado *sucio.*

Quizás dices: -Me reconozco culpable, pero soy demasiado malo para ser salvo.

Pues entonces te asegura la Palabra de Dios, que *precisamente tú* puedes salvarte. No procures mejorarte primero. Dios quiere ayudarte, tal como estás. Tampoco el hijo pródigo podía primero

afeitarse, comprarse nueva ropa y zapatos, antes de presentarse delante su padre. Se levantó y fue tal y como se encontraba de andrajoso. La buena noticia es: *Jesús acepta a los pecadores.*

TODO EL CAMINO

El inglés Ricardo Wever una vez se encontraba de camino para volver a su hogar, pero ya no le alcanzaba el dinero. Por suerte dio con un amigo, y éste le regaló un billete de primera hasta la localidad donde vivía.

Wever no tuvo que pagar ni un céntimo, tan solo tenía que utilizar el billete, el cual era valedero no sólo para el viaje en el tren, sino también para la siguiente travesía en el barco.

Más tarde Ricardo empleó esta experiencia como una hermosa ilustración: -Así vino a mi encuentro el Señor Jesús, cuando no podía yo pagar el viaje al cielo. El decía que tenía que confiar en El, y que me sacaría un billete de primera para todo el camino. Confié en El, y El pagó.

-A mí eso no me costó nada, pero El sí pagó con su sangre. Nunca necesitaré otro billete. Algunos opinan que una y otra vez han de sacar un nuevo billete. Temen que si no, no llegarán.

-Pero de eso no hay nada, ya que el billete es valedero para todo el camino. Ello no depende de mí, sino de lo que ha hecho Cristo. En este viaje nadie tiene que decirme: -Ricardo, sólo eres un minero, no perteneces al departamento de primera; ¡sal de allí cuanto antes! Si alguien me hubiera dicho tal cosa, entonces le habría enseñado el billete. Así ocurrió también con los revisores. Estos me preguntaron: -¿Permita que vea su billete, por favor? Y yo se lo enseñé. Ni una sola vez dijeron: -Permita que le echemos a usted un vistazo, por favor. Pues mi aspecto no les interesaba y no tenía que ver nada con el asunto; bastaba el billete.

Si Cristo se llama »el Camino«, significa con ello no tan solo »el único camino«, sino que El es *todo el camino,* desde el principio hasta el final.

EL CAMINO PERFECTO

Cristo no sólo es el único camino a Dios, sino que es el camino *completo y perfecto*, desde el principio hasta el final. Si uno quiere viajar en el tren, primero hace falta dirigirse a la estación. Pero Cristo es el camino al cielo *a partir precisamente desde el sitio* en donde tú te hallas *ahora* mismo; no necesitas dar ni un solo paso más sin El. Por medio de la fe en El, esto es, al confiar en El, te salvarás. El es el camino *perfecto.* Está aquí, al lado tuyo. *Cristo es el camino.*

Una invitación

Imagínate que, por ejemplo, alguien de los barrios bajos recibe una carta importante. Lleva esta el sello del rey: »Con ésta queda usted invitado a presentarse en mi palacio, inmediatamente, *tal como está,* para recibir de mí personalmente una muestra de favor«. ¿Acaso la carta es legítima, o se trata de una broma? El hombre consulta con un amigo más entendido en documentos de esta clase. Aquél examina el asunto y dice, que todo está en orden.

-¿Qué me aconsejas, pues?

-Que te presentes, naturalmente; ¡te han invitado! Primero piensa: -Antes quiero lavarme y arreglarme un poco. Pero no, escrito está: »inmediatamente, tal como está«.

Su mujer lo encuentra muy raro, pero él se pone en camino, llevando puesto su ropa de trabajo. Cuando llega al palacio, el portero pregunta lo que desea.

-Vengo para visitar al rey.

-¡Visitar al rey! ¿Qué es lo que le ocurre? ¿Quién le da el derecho de presentarse aquí?

-Derecho no tengo ninguno; me acerco porque me han invitado, como lo puede comprobar en esta carta.

El portero queda impresionado, y cambiando su actitud, le dice amablemente: -Si el rey le ha invitado, puede usted pasar.

En uno de los pasillos del palacio enseña su carta a otro chambelán, y pronto se sienta latiéndole con fuerza su corazón en una sala y espera.

Primero piensa: -¡Ojalá hubiese quedado en casa! Entonces intenta aprender algunas frases de disculpa que pueda balbucear, por haberse atrevido a venir.

Entonces se abre la puerta, entra el rey, y se le olvidaron cualquier palabra que pensaba decirle, pues al instante el rey le estaba dispensando toda clase de atenciones y regalos.

¿He de ampliar aun esta historia? ¿No la comprendes? *Tú* eres el hombre pobre, con la única diferencia de que tú eres mucho más pobre que él, y el Rey de los reyes es mucho más rico que la más grande majestad sobre la tierra.

EN ESTE INSTANTE

Cristo es **el único**
el entero
el perfecto camino

También *en este momento* es el camino.

Si lees esto, fíjate en ello, a saber que Cristo es el camino *ahora*. El Camino, también *para ti*. Da igual quien eres o en donde te hallas. Cristo es el único camino de salvación.

Y por medio de este librito El te dice:

»YO SOY EL CAMINO«

El Camino
N° de pedido: EA 1791

EDICIONES ARRIBA, Löhrenstrasse 31, D 5310 Quilenburg, Alemania Fed.

776 2200